

VICENTE URBISTONDO

MOIRA, LA CONFLUENCIA DEL
BRAHMAPUTRA Y EL MAPOCHO

Para Alicia

EL JOVEN que los recibió era todo rubio: hasta la chaqueta de peluda tela lo era, o lo parecía. Naturalmente tenía los ojos azules; y la boca cruel tan roja como la corbata escocesa que destacaba sobre inmaculada camisa.

—Hello. Is this your sister? —preguntó Mr. Reed. Hablaba como ventrílocuo, sin mover los labios. Parecía un muñeco lindo, pensó Moira. De pronto se estremeció: los ojos de vidrio se habían clavado en ella. Sí, eran de vidrio. Pero qué importaba si eran tan azules.

—How d'you do, Miss Riquelme? What did you say your first name was...? —Los labios graciosos de la chica se entreabrieron desolados, pero no salió palabra de ellos. Los ojos pardos se tornaron suplicantes hacia el hermano.

—Moira —murmuró éste.

—Moira —repitió ella asustada.

Los párpados del joven Reed descendieron dos veces para expresar curiosidad; dos veces exactamente. "Irish" —preguntó sin esperar respuesta. Luego borrando cuidadosamente las aristas de las eras anunció:

—Voy a buscar el libro elemental para que lea Miss Riquelme.

Los resultados fueron desastrosos, pero Moira quedó matriculada y asistió esa misma tarde a su primera clase.

El regreso a casa fue animado. El tranvía traqueteaba alegre hacia el centro.

—Dije el gringuito —comentó Moira todavía excitada por la novedad.

—En primer lugar, Mr. Reed no es gringo; es chileno. Y, por si se te ha olvidado, el presidente del Instituto Chileno Británico.

—Tan joven —dijo Moira, impresionada por el título.

—No tanto. Tiene ya veinticuatro años.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe. Además, Mr. Brahmaputra lo conoce.

—¿Tu profesor de conversación? Oye, y ustedes lo llaman así, Mr. Brahma. . .

—...putra —terminó Mario—. A propósito, ¿quién te tocó a ti?

—¡Ah, el mío es regio! —exclamó Moira—. No me acuerdo del nombre, pero es estupendo.

—No te entusiasmes, mira que puede ser casado —dijo Mario, sarcástico.

—Usa argolla —contestó Moira con tristeza—. Pero tiene unos ojitos de pena. . .

La segunda clase la convenció sin otras razones que el profesor de la clase elemental era profundamente desgraciado. En eso pensaba ahora, esperando que Mario saliera de clase junto a la chimenea de mármol del vestíbulo. La llamita anémica del gas no calentaba, pero era del color de los ojos de él. ¡Pensar que esa mujercita morena con crespos por toda la cara era la suya: tenía que serlo porque se habían besado antes de clase. ¿Lo habría esperado toda la hora sentada allí, leyendo bajo la antorcha de bronce cuya llama era una vulgar ampollita? Una pequeña aguja se le clavó en el pecho y por eso comenzó a repetir su lección: "Iam, you are, he is, she is. . ." Allá abajo la llamita pareció retirarse al fondo de la chimenea: alguien había abierto una puerta. Pasos, ruidos surtidos y voces. Al volverse se encontró con unos ojos redondos y desconcertantes que la miraban de hito en hito.

—Moira —dijo Mario entre ella y el extraño— te presento a Mr. Brahmaputra. —Moira alargó una mano fina, cuidada, mano de ociosa según su madre que no la dejaba hacer nada. El calor húmedo del apretón espasmódico la hizo forcejear levemente para retirarla, sin resultado.

—Mucho guss. . . to —dijo Mr. Brahmaputra con entusiasmo, doblándose excesivamente antes de soltarle la mano.

¡Qué facha! Aun en el mal iluminado caserón del Instituto el traje azul de Mr. Brahmaputra daba visos desabridos con cada movimiento del ocupante. Pero eso no era todo lo que llamaba la atención: el traje además le quedaba chico y le daba el aspecto de una butifarra con apéndices, encima de la que brillaran también la cabellera aplastada y relamida y la piel estirada del rostro lampiño y rosadísimo.

Atravesaron el amplio zaguán con ella al medio. Hablaban en inglés y acabó por molestarle no saber exactamente lo que decían.

Eran casi las nueve y empezaba a desintegrarse el paseo cuando entraron bajo los árboles de la plaza Brasil. Volaban "oyes" y "fíjates". Un chico de cejas muy tupidas y boca fresca la miró insistente, como si hubiese adivinado que ella quería perderse entre esta gente joven y desconocida. Al pasar cerca de él brillaron en la sombra los dientes

atrevidos. "Tan 'picha' y tan reorgullosa que la han de ver", le dijo con sorna acariciante. Moira perdió la respiración un instante. El corazón le había dado una voltereta de placer y apenas si encontró la energía suficiente para erguir el cuello y pasar sin devolver la mirada. Más adelante Mr. Brahmaputra y Mario la esperaban. ¿Cómo se había rezagado tanto?

Mr. Brahmaputra no sólo tenía los ojos redondos sino que la cara y también la cabeza. Moira habría jurado que el olor a violeta que llenaba el tranvía venía de él, o mejor dicho de la brillantina que le sujetaba el cabello negrísimo. ¡Por Dios que hablaba el hombre! Y cada vez que abría la boca dilataba las aletas de la nariz carnuda y "roma", un poco como si le faltase el aire. Mario escuchaba respetuoso y cejijunto, mirando al suelo.

Mucho les había contado ya Mario en la casa sobre Mr. Brahmaputra, pero todo palidecía ante la realidad. Era cierto, después de todo, que el hindú —Mr. Brahmaputra lo era— hablaba de cosas raras, de miles y miles de años, como si los años pudiesen medirse con reloj. Eso de que ella tuviese un alma evolucionada en alto grado, como su hermano, no lo comprendía, pero le gustaba. Mr. Brahmaputra se los había dicho en ese idioma de él que era el de ellos y que no era un idioma en el cual aun las palabras de todos los días sonaban distintas, raras. Más cuesta arriba se le hacía aceptar que esa alma de ella hubiera vivido en otros cuerpos miles y miles y miles de años; antes, mucho antes de Nuestro Señor. ¿Cómo podía haber pasado tanto tiempo desde Adán y Eva? Pero no preguntó nada; era más entretenido escuchar... por el momento.

—¿Cuántos años tiene su señorita hermana?

Moira abrió los ojos hasta que los sintió fríos de sorpresa. ¿Por qué no le preguntaba a ella?

—Quince años —mintió Mario y ella suspiró de alivio.

—¡Ah! La edad de Julieta —comentó Brahmaputra con alegre parsimonia y la miró con la prolijidad del comprador experto ante el hallazgo.

—En mi país estaría casada desde hace dos años —declaró enfático.

Moira miró a Mario y lo encontró tan desconcertado como ella. Por eso bendijo la prisa con que hubieron de bajarse en calle Ahumada. Al darle la mano al estrambótico ídolo de Mario —¡qué otra palabra cabía!— había sentido una profundo vergüenza. Por el centro semivacío caminaban ahora mientras ella vagaba con la mente por continentes exóticos tratando de ubicarlo. Mario había dicho que Mr. Brahmaputra era de Madras. Hasta ella sabía que eso estaba en la India; en otro mundo, en buenas cuentas. O en la luna. La brisa de otoño

le refrescaba la frente, pero no la ayudaba a pensar. Maquinalmente se colgó del brazo de Mario que la miró un poco sorprendido. ¡Krishnamurti! Ahí estaba la cosa. Mr. Brahmaputra era compatriota de Krishnamurti, el hombre con ojeras a quien la mamá encontraba regio.

—Oye, no te habrás enojado porque preguntó qué edad tenías —sondeó Mario cuando se acercaban a la casa. Todavía distraída, Moira volvió al presente: “No, no”, dijo, pero un instante después exclamó con una vehemencia que sorprendió a los dos: “Pero, lo otro... ¡eso sí que no! ¡Te juro que casi lo mando a... salva sea la parte!”

Moira jamás dudó que Brahmaputra llegaría hasta la casa como otros descubrimientos de su hermano. Poco le extrañó entonces que Mario anunciara la visita del hindú dos días después. Esperó el acontecimiento con un escozorcillo casi agradable, y, aunque ayudó sin entusiasmo al arreglo de la mesa —Mario había llegado con unos jazmines— a eso de las cuatro se encerró en su dormitorio no poco excitada porque acababa de sustraer ciertos afeites a su madre. Se miró al espejo como siempre pensando en su nariz que no era corta como le agradaban a Mario. Algún día se la haría operar y entonces sí que se parecería un poco más a las artistas de Hollywood, como quería ese hermano de ella. Algo consolada, cogió el lápiz de grasa negra y se alargó las cejas y los párpados hacia las sienes; luego, impulsada por una ola de audacia, se pintó los labios no con el índice, como le estaba permitido, sino con la misma barrita escarlata. Sin detenerse, dispuso las trenzas oscuras en africana torre, medio a medio de la cabeza y miró, con miedo. Surgió ante ella una desconocida pálida y fascinadora que pareció tan asombrada de verla como ella. No tardaron en hacerse amigas porque Moira estaba encantada con la otra. A la postre, sin embargo, y no sin pena de ambas, el exceso de pintura pasó de los labios a los dedos. Hasta el exótico túmulo de trenzas hubo de convertirse en doncellil corona. Algo quedó y no era poco: los ojos agrandados por el lápiz de la madre, que sólo tuvo oportunidad de apreciar la transformación cuando no cabía hacer comentario alguno.

El que los hizo fue Brahmaputra. “¡Qué bella está Ud. hoy!”, le dijo acercándose cuanto podía en cuanto quedaron solos. Sentado frente a ella como estaba no era mucho, pero le dio cierta intensidad a la entrega del escuálido folleto azul. “Léalo a solas”, recomendó mirando en todas direcciones, “y contemple su rostro...”

Moira alcanzó a dar las gracias antes de que entrase la señora Estrella de Riquelme, lista para salir.

—¿Dónde está su hermano, Moira? —preguntó, seca.

—Fue a llamar por teléfono a alguien —contestó la chica, y apretó su secreto a dos manos bajo la mesa, deseando ardientemente que la

madre se fuera, sin saber exactamente por qué. Pero la señora se sentó elegantemente cerca de la mesa y comenzó a hablar de todo y de nada sobándose nerviosa los dedos de la mano enguantada, y no se puso de pie hasta que apareció Mario, años después, según Moira.

Esa tarde, ya sola en su cuarto, Moira se sintió admirada por primera vez. Y admirada como ella sabía que admiraban otros hombres a su madre; como la admiraba, por ejemplo, su propio hermano que no le encontraba a ella gracia alguna. En un momento de breve abandono besó la lámina del librito que yacía abierto sobre la cama. ¿Qué importaba que no pudiese leerlo? Lo importante era lo que había besado, la imagen de una mujer preciosa y reina. Neferteti, soberana del Egipto de antes de Jesucristo. Miró ventana afuera sin hacer caso de alambres telefónicos y se vio un poco con los ojos del guapo imberbe de la plaza Brasil. Era una lástima que Mr. Brahmaputra no tuviese las cejas tupidas y la risa insolente. Tal vez no le vería nunca más al chico ese que, a lo mejor, también tenía un alma desarrollada en alto grado, como la de ella o como la de Mario. Porque a lo mejor era cierto todo lo que decía el hindú aunque su padre asegurara que era todo una "macana".

Terminó por sentirse deliciosamente fatigada y se tendió sobre la cama, libro en mano, a contemplar las sombras de la tarde especial que empezaban a congregarse en los rincones altos de la pieza. Cerró por fin los ojos y las ideas extrañas de los últimos días formaron una rosa blanca, brillante, que se abrió seductora. Las murallas del tiempo se desmoronaron suavemente como si sólo hubiesen sido de fina arena, después de todo. Embriagada de espacio ahora suspiró en la quietud. Hasta el canturreo familiar que venía de la cocina se tornó oriental y esotérico y una sonrisa de mujer se le dibujó en los labios. En la zona que suele separar al ensueño del sueño, Moira encontró el palacio vago y macizo de su Egipto nebuloso. Y lo recorrió extática con la esperanza de ver sonreír a alguien en la sombra de una columna.

Tres días después realizaron el rarísimo paseo al cerro, maquinado por Mario y Mr. Brahmaputra. Caminaron tras el mentor por los portales, abriéndose paso entre gente lerda que se agitaba en torno a ellos sin propósito aparente y de la cual los hermanos se sentían muy aparte. Neferteti, la núbil soberana, paseaba su orgullo incógnito en medio del rebaño. Al pasar junto a la mole de Santo Domingo, Moira dio todas sus monedas a un niño flaco y harapiento que fingía innecesariamente pena. Los de la escolta esperaron en silencio. En silencio todavía llegaron al parque ya salpicado de parejas. Bajo los tacones vacilantes de sus primeros zapatos de mujer, la hojarasca quejumbrosa

insinuaba misterios en acecho que desmentía por allí cerca el canturreo flojo del Mapocho.

Cuando llegaron al San Cristóbal la luz ya se había ido de la base del cerro. Junto al andén, el funicular se había echado a esperar la noche. Solamente Mr. Brahmaputra podía ordenarle que se moviera y así lo creyó Moira cuando se sacudió con ellos adentro al primer tirón del cable. Cerca del jardín Zoológico, el hindú apuntó el índice hacia el sol y con la otra mano señaló la ciudad que se hundía parpadeante bajo un vaho azul. Si no se habían abandonado antes al del traje brillante lo hicieron al verlo allí en la plataforma como Cristo al sesgo.

Tras él marcharon por un caminito al que daba la espalda la inmensa virgen blanca de la capilla. Una hilera de arbustos les cortó el paso, pero Brahmaputra se los abrió apartando las ralas ramas como si hubiesen sido cortinas de teatro. Al otro lado se terminaba el cerro y empezaba un mar vago de colinas de madreperla sobre el cual cabrilleaba la luz de una gran bola de fuego. De pie contra este esplendor repitió Brahmaputra solemne las instrucciones que Mario había ya transmitido a Moira el día anterior. Habló como si el gran teatro de la tarde moribunda fuera su templo.

Mario había ya comenzado a respirar como en el sueño cuando ella por fin empezó. ¿Tendría el hermano la mente "serenamente vacía" como quería Mr. Brahmaputra? Moira trató de espantar a las ideas como si hubiesen sido pájaros intrusos. No era fácil. La primera bocanada de aire entró temblorosa, pero salió tranquila casi; la siguiente entró fácil ya, y tranquila. Sin más temores miró al sol: las réplicas deslumbradoras salieron del astro allá en el cielo y empezaron a viajar hasta ella implacables sin llegar jamás. Al último momento se desintegraban en luz azul de la atmósfera cercana. Un sonido melancólico le llegó más a la nuca que a los oídos. Era una nota menor sostenida con suave insistencia que se deslizaba imperceptiblemente en la siguiente para luego volver a la primera sin modulación alguna. La invadió una gustosa fatiga hasta que las piernas no quisieron sostenerla. Un ramalazo de miedo la hizo aferrarse a su hermano. El encantamiento se rompió antes de que alcanzaran a mirarse. Con una pequeña flauta de caña en la diestra surgió de la tierra Brahmaputra.

—Basta por hoy —declaró—. Antes de llegar a casa la energía vital habrá circulado por todo el cuerpo. Se sentirán ustedes. . . ¡como nunca!

Así fue, al menos hasta que llegaron a casa, más cerca de las diez que de las nueve, donde la energía solar no pudo con los nervios de la señora Estrella que los esperaba mucho antes. Las explicaciones

de sus hijos, harto revueltas, por lo demás, no le acortaron la cara. Peor aún, las calificó de "macanas". Las recriminaciones no amainaron hasta que Moira defendió las teorías de Brahmaputra con la imagen de Neferteti. Algo le había dicho a la chica que la vanidad materna se extendía hasta ella. Don Hermógenes resultó mucho más duro de pelar, a la hora de comida.

—¿Quién es esta prójima? —preguntó, cuando su mujer le presentó el caso, como había dicho que lo haría a los culpables.

Moira estuvo a punto de decir que era ella, nada menos; pero se contuvo y explicó con algunos rubores que se trataba de una reina egipcia parecida a ella, según Mr. Brahmaputra.

—Yo no sé como estoy viendo al hindú ese —dijo el padre.

La tormenta era inevitable. Moira hizo una señal angustiada a Mario para que no interviniese, pero el joven no hizo caso:

—¡Por Dios, papá! —exclamó imprudente—. No sea anticuado.

—Así será, don moderno —respondió el caballero cuyos tonos de escarcha hicieron temblar a Moira—. A su edad, yo escogía a mis amigos con entera libertad, y no veo por qué no pueda Ud. hacer otro tanto. Pero no incluya a su hermana en sus actividades con el señor Brahma —lo—que—sea.

Y durante algunos instantes cesaron hasta los ruidos normales de la comida.

—Sí, papá —dijo Mario por fin, y agregó impetuoso desde el fondo de su abyección:

—Lo único malo es que nos convidó para salir este domingo...

—Lo siento mucho —dijo don Hermógenes, sin dejar lugar a dudas que la discusión quedaba cerrada.

No habían sido los arrumacos de Mario para la señora Laura los que habían salvado la excursión del domingo, pensaba ella ahora que se vestía para la última salida con Brahmaputra. Claro que la madre prefería a Mario, dijera lo que dijera para la exportación. Pero no había sido eso. Además, si de eso se hubiera tratado bien podía ella haberse hecho la zalamera con don Hermógenes. No había habido necesidad de tanto. La que había impulsado a la señora Estrella a dar más sogas a la amistad con Mr. Brahmaputra era Neferteti. "A mi mamá le parece lo mejor que hay que me encuentren parecida a Neferteti porque la gente me encuentra parecida a ella", dijo muy bajito. Muchos lo habían dicho, eso del parecido entre ella y su madre. Cuando ella era pequeña habían ido más lejos: "Buenamoza es la hija, pero la madre es mejor". Cierto era, pero ¿para qué decírselo a ella? "Creció el membrillo y botó el pelillo", solía comentar la cocinera hasta

ahora. ¡Bendita! Ya estaba creciendo el membrillo, sí, señor. El espejo le recordó que estaba pálida, pero ella se encogió de hombros: no había remedio para tal palidez. No se mojaría, simplemente.

Las cosas resultaron menos sencillas. Media hora después de llegar al Prince of Wales Country Club, Moira se encontró ante sus dos acompañantes en sendos y breves pantalones de baño.

—Mario, por Dios —le dijo a su hermano—. Mi mamá no quiere que te bañes; tú estás resfriado.

—Es culpa mía —intervino Mr. Brahmaputra—. Yo lo convencí —agregó y se llevó la mano al pecho angosto y nada musculoso con autoridad incontrovertible—. Pero ¿y usted? Nosotros la dejamos en el camarín de las señoras. ¿No traje Ud. traje de baño?

—Fui a peinarme —explicó Moira ya molesta.

—Bueno, ¿pero se va a cambiar ahora, no?

—No —dijo Moira y volvió la cabeza hacia el trampolín sobre el cual se agitaba muy lindamente un rubio más interesado en exhibirse que en mojarse. Es como un pavo real, pensó Moira. ¿Por qué no se irían estos dos? No los miraba ahora, pero sabía que seguían allí de pie. Deliberadamente concentró las ideas en el malestar que sentía. ¿Cómo harían las mujeres de la India? ¿Se sentirían como ella, flojas, tontas, malhumoradas? Pero ¿por qué diantres no se iban? ¡Pesados! ¡Plomos derretidos, ambos! Brahmaputra comenzó a hablar nuevamente de lo mismo. Iba a tener que reírse.

—Sr. Brahmaputra —comenzó cuando pudo recobrar la seriedad—. Lo que yo tengo. . . —Mario la miró espantado. ¡Ah, con que sabía el hermanito!

—... es un resfrío muy serio —continuó—. Vayan Uds. —prosiguió—. Y tú, Mario, muévete antes de que te dé pulmonía triple.

A eso de la una comieron al borde del agua los sandwiches más baratos de la lista que Brahmaputra pagó con solemne pantomima. Ahora que ambos habían dejado de hablar —ella no había dicho esta boca es mía— se había dedicado a mirarla tocándose delicadamente las yemas de los dedos y entrecerrando los ojos redondos como la noche aquella en que la había conocido, y que tan lejana parecía a poco más de una semana de distancia.

—Señorita Moira, Ud. y yo vamos a dar un paseo para que le vuelvan los colores —dijo sin preámbulo—. Mario debe descansar porque ya ha nadado y no es recomendable desperdiciar la energía acumulada al sol. . .

Si Mario tenía alguna objeción se la guardó. Ella, Moira, se puso de pie porque era más sencillo obrar que pensar.

Se internaron sin rumbo aparente por las canchas de golf acariciadas ya por la luz rasante. El prado se hacía más mullido a cada paso y el aire más juguetón. Moira escuchaba las alabanzas de su hermano más interesada en controlar el ruedo amplio de la falda roja que en analizar lo que decía su exótico acompañante. Distraída enteramente, terminó por mirar hacia arriba y el cielo comenzó a desplazarse a través de un follaje súbito. ¡Arboles ahora! notó. Tuvo la ilusión de que era el mundo el que se movía y no ella. Las menudas cimitarras de un eucalipto bailaron allá arriba unos instantes y luego se alejaron. Las siguieron las plumas desmayadas de un sauce y luego la nube densa y verdinegra de un ciprés —¡tristel!, se dijo Moira. Las cosas más raras pasaban con este Brahmaputra. De pronto los árboles se detuvieron. ¡Cielo santo! Los habían cercado formando una tienda muy alta que la luz apuñaleaba arriba entre gemidos de ramaje. Mr. Brahmaputra le había cogido la mano para que se detuviera. Moira la retiró.

Estaban en una especie de iglesia sombría, y la soledad que se le reveló sin aviso le oprimió el corazón. ¿Y Mr. Brahmaputra? Miró a su alrededor: junto a la corteza de un viejo pimiento cuyos velos lacios lo ocultaban apenas, el hindú doblaba su camisa. La semidesnudez del hombre primero la descompuso y luego le pesó vagamente sobre el cuerpo. Con el rostro en llamas se acercó a quien la llamaba. Cuando las manos ardientes y húmedas aún a través de la tela blanca de su blusa se posaron firmes sobre sus hombros Moira quiso resistir, pero no pudo y se sintió descender con los ojos fijos en los otros verdosos de pupilas dilatadas. Así permanecieron poco o mucho tiempo ¡quién sabe!, ella rígida con la espalda contra el tronco rugoso y él en cuclillas, con el rostro encarnado, tenso. Junto con subirle el grito a Moira Brahmaputra dio un asombroso salto atrás, sin erguirse, y entre ambos quedaron dos zapatos desolados. Con majestad y gracia inusitadas, la figura se irguió bizarra, desconocida, y sin enderezar enteramente las piernas se retiró todavía más por medio de unos brincos cortos. Como si hubiese estado unido a ella por una cuerda invisible, no le despegaba la vista aun ahora que describía dos amplios círculos con la palma de la mano hacia ella; ni ahora que acercaba la cabeza primero a un hombro y después al otro, todo el resto de él increíblemente inmóvil. ¡Dios mío! Esto era una especie de baile. Brahmaputra estaba loco —¡qué duda cabía! Loco, pero no sin algo íntimamente placentero que le impedía reírse o avergonzarse y que la conmovía curiosamente aun ahora que el hombre se le acercaba a saltitos otra vez, pero ahora con los brazos en jarra. Muy cerca ya, enarboló el índice derecho hacia el cielo para luego apuntarle a ella.

Moira nunca supo en qué momento se encontró aprisionada en los

brazos de Brahma Putra que la besaba entre sacudidas espasmódicas y que le decía sin despegarle los labios del oído ahora:

—¡Mi raga *ess* para usted! ¡La amo, la adoro! Desfallecida de vergüenza trató de empujarle de sí. “¡Déjeme!”, le dijo, y como si alguien la hubiese tirado desde el pimiento se puso de pie casi violentamente porque Mr. Brahma Putra la había sujetado apenas. Azorada todavía, buscó la salida con la vista ansiosa, pero todo lo que vio fue otra cara humana, pálida como la muerte, la de su hermano.

No se atrevió a mirarle los ojos porque de repente todo lo que le importaba en el mundo era este borrico de Mario cuyos pensamientos rehusaba adivinar. A su lado Brahma Putra se ponía los zapatos, no, se metía en ellos con la mayor tranquilidad del mundo. No supo por qué, pero agradeció ese despliegue de calma.

Al regreso, Mr. Brahma Putra habló de sus temas habituales. ¿No era maravillosa la misteriosa energía del universo? El Occidente había olvidado las divinas fuentes de la vida para sumergirse en un cristianismo hipocritón y malsano. ¿Por qué no celebrar la llegada del Otoño con una raga, como se celebraba la llegada de la Primavera? ¿O la llegada del amor? En la India, etc. . .

—¿Qué es una raga? —Mario interrumpió sin levantar la cabeza porque no podía mirar a Mr. Brahma Putra.

—Es una danza de mi país —explicó éste.

Se despidieron en la puerta de la casa. Mario furtivo, Moira de nuevo azorada, Mr. Brahma Putra, tranquilo.

—Graciass por la compañía —dijo, y dirigiéndose a Moira agregó—: Mañana a primera hora hablaré con la señora de Riquelme. —Y se alejó balanceando exageradamente los brazos. Parece que va a desarmarse, pensó Moira y no pudo ya meter al bailarín de la raga —¿qué otra cosa podía haber sido lo de la tarde?— en el traje brillante de Mr. Brahma Putra. Pero ¿en qué pensaba Mario, que no se movía? ¡Como si ella no lo supiera!

—Bueno, yo no voy a entrar sin que me digas lo que pasó —declaró sombrío.

Una curiosa resistencia le impidió responder.

—¿Me dirás qué hacía ese... hombre sin camisa y a pata pelada? —Mario se exaltaba con cada palabra—. ¡Habla! Y no me hagas pucheros a mí.

—Yo no sé... —empezó Moira, pero las emociones contenidas en las últimas dos horas le explotaron y se le subieron a la garganta; y el resto de la frase se le quebró en un sollozo. Mario se enfureció:

—¿Me dirás que pasó de una vez? ¿O es que no te das cuenta que yo soy el responsable?

El terror de Mario le llenó el pecho de tierna congoja. ¡Qué tontos, pero qué tontos son los hombres!, hubiera querido decirle. Se conformó con reprocharle cariñosamente: “¿Y qué quieres que me haya pasado, bruto?” “¡Nada, absolutamente nada!”

—¿Para qué va a venir mañana, entonces? —A Mario le tocaba avergonzarse.

—¡Qué sé yo, hombre! —jamás había llamado así a su hermano. Luego agregó—. ¡Creo que se me declaró!

El timbre sonó a las ocho y media la mañana siguiente. Mira apenas se había hecho una trenza. ¿Sería? Desde el dormitorio oyó a la madre apurando a la empleada para que abriese. Con la mitad de la cabellera castaña todavía desparramada sobre la bata turquesa, se fue al comedor en busca de apoyo. Mario estaba tomando el desayuno.

—¡Qué aspecto bíblico tenemos hoy! —exclamó al verla e hizo un gesto hacia la habitación contigua, el livin.

—¡Pero, siéntate, María Magdalena! —agregó bajito, porque ya se escuchaban voces al otro lado de la puerta de cristales.

—Oye —llamó Moira, igualmente en voz de secreto— mejor habría sido no decirle a la mamá que iba a venir y todo.

—¡Tú estás local!

—¡Antipático!

¡Qué claras llegaban las voces del otro lado de la puerta! La madre: “Pero, Sr. Brahmaputra, Ud. no se dá cuenta, me parece a mí, de que la niña no ha cumplido quince años todavía”. ¡Ya está! ¡Ya se lo había dicho la muy pesada! Bien poco le importaba lo de la edad al hindú, evidentemente. “Moira está perfectamente desarrollada para el cumplimiento de los deberes de esposa”, decía ahora. “En mi país estaría casada desde hace unos dos años por lo menos”. El atrevimiento de Brahmaputra, así le parecía a ella, la hizo revivir en un segundo todo el episodio del día anterior. Estuvo a punto de cubrirse el rostro con ambas manos. Sólo que no iba ella a darle esa satisfacción a Mario que seguía tragando café con leche entre miradas socarronas. “Mejor es no tocar el tema”, decía la señora Estrella, ahora. “No hay que olvidarse que estamos en Chile, Sr. . . Brahmaputra”. “Ahora, si como hablamos, Ud. quiere visitar a la niña *en su casa* no tenemos ningún inconveniente ni Hermógenes ni yo. . .” Las voces se acercaban. Iban a entrar. . . Mario se quedó inmóvil. La puerta se abrió y por ella asomó la cabeza sonriente de la señora:

—Moira, hija, venga a saludar —la sonrisa se hizo mueca para ella que sintió la mano firme de la madre sobre el brazo. El tirón siguió: Moira estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Venga, repitió la madre. El Sr. Brahmaputra quiere saludarla. Va a venir a comer con nosotros mañana.

Como todos los días esperados, el día siguiente se rezagó, y Moira tuvo tiempo de sobra para esperar con la clásica mezcla de temor y deseo la comida famosa —así la llamaba ya ella. No mejoraba las cosas el que todos las tratasen como si ella mordiese. Todos menos la bendita cocinera que la miraba curiosa y complacida cada vez que se encontraban. “¿Le gusta el hindú, mi hijita?”, le había preguntado la madre. ¡Con qué gusto tardó en contestar! Sí, había callado mirando al suelo hasta que al levantar la vista se percató del miedo que bailaba allá en las cuencas seductoramente sombreadas bajo las cejas altas de la señora Estrella. “Bueno”, dijo, y no alcanzó a decir más porque se lo impidió la imprudencia materna. “No puedo creer que le guste...”. Se esfumaron las vacilaciones: “Si sabe ¿para qué me pregunta?” “¡Insolentel” El rebencazo le espantó los colores, pero el miedo le sujetó las lágrimas. Claro que la esquila que le acababa de entregar su hermano la resarcía de mucho. Jamás había recibido ella cosa semejante. La imagen de la diosa de los cuatro brazos añadía mucho al texto que habría bastado: “Kali no tiene compasión para los que no saben respetar las fuerzas vitales. La adora Brahmaputra”. Amenazante y novelesco. Si el hindú hubiese sido guapo; si se hubiera parecido al profesor de la clase elemental o al chiquillo de la plaza Brasil... ¡Como lo hubiera amado ella! Nadie podría haberla sujetado entonces, nadie. Y todo habría sido como en “Los buhos de las peñas rojas”, o en “Magalí”, o en otra de tantas historias iguales que ella leía a pesar de las burlas de Mario. Pero, ¡quién iba a creer en las tonterías de Delly! Ni ella que todavía no podía dejar de leer “El Peneca”. ¡Qué día, que día éste! Las horas se pegaban insidiosas a los rincones para luego huir furtivas sin dejar ni rastro. Así fue como se encontró vestida a las ocho, antes que nadie. Y por eso abrió la puerta cuando sonó el timbre poco después.

—¿Sola? —Brahmaputra sonreía en la puerta.

Moira asintió y el visitante le puso en la mano un sobre dobladísimo.

—Para Ud. sssola —le dijo con murmullo conspirador y entró tan apretado por su traje brillante que se hubiera dicho que había engordado en los últimos días. La señora Estrella apareció como por encanto.

Moira se preguntó muchas veces durante la comida si era este el mismo personaje del cerro o el gracioso bailarín de la raga. Apenas le había dirigido la palabra desde que se saludaron en la puerta. ¿Qué le importaban a ella Karachi, los cinco ríos o el Mahatma Gandhi? Don Hermógenes parecía interesadísimo y Mario escuchaba como

si se estuviera hablando de su adorada Greta Garbo. ¡Farsantel! Para qué hablar de la señora Estrella que debía estar cansada de tanto sonreír. Sí, su madre era coqueta. Como si la hubiese oído se volvió hacia ella. ¡Bah! ¿Por qué alarmarse? Ambas eran mujeres y no sólo ella. Por lo menos el Brahmaputra ése lo sabía. En ese momento el invitado se volvió hacia ella como si lo hubiese llamado. Ya era tiempo. ¿Qué le iría a decir?

—Con el permiso de ustedes tengo que pasar a la sala de baño —dijo inclinándose por turnos ante los cuatro.

Moira dejó de respirar un instante. Don Hermógenes congeló el ademán de llevarse el cigarrillo a la boca con tal brusquedad que la ceniza cayó sobre el mantel. “¿Se siente Ud. mal?”, preguntó a su huésped sin notarlo.

—La digestión es tan digna de atención como el resto de las funciones naturales, Sr. Riquelme —explicó Mr. Brahmaputra sonriendo, aunque quizás arqueando las cejas un poco más de la cuenta, y siguió muy derecho a Mario que se había levantado lívido obedeciendo un gesto del padre.

A Moira la invadió una desolación atroz, interrumpida por una explosión de risa de su madre que se paró por fin con una mano en el pecho y la otra en la cadera, murmurando: “¡Dios mío, Dios mío!”

Moira terminó por reírse también; pero en su risa había algo desconocido que punzaba y que hacía que las lágrimas que se le agolpaban calientes en los ojos pardos fuesen lágrimas de veras. Aquella noche el espejo de Moira reflejó una máscara cerosa de resignación altiva que contradecían un poco las comisuras escépticas de la boca de líneas curvas, pero firmes: esa sí que era la imagen de Neferteti.

Algo había terminado en su vida y no era el episodio Brahmaputra, porque ése no era asunto de ella sino de los de casa. Había llegado hasta lo de anoche dejándose llevar primero por el entusiasmo de Mario y luego por las ideas de los demás sobre lo que pasaba. Aquello había sido como hojear una revista: Neferteti, la India, el San Cristóbal, la raga de Brahmaputra, la comida de anoche... Hojas examinadas así, al pasar. Ahora le quedaba más que nada una insistente irritación por la risa quemante de la madre. ¡Pobre Mr. Brahmaputra! Harto se había movido por ella. Por ella, esta vez, y no por esa madre bonita que había llamado por teléfono al gringo cara de muñeco que tomaba el té con ellos ahora. ¡Qué bien se entendían! La señora de Riquelme tenía derecho a enterarse con quien andaban sus hijos.

—Sobre todo cuando se trata de gente de tan lejos. ¿Qué sé yo de Madras o de la India?

—¿Cómo? —Mr. Reid expresó una partícula de asombro.

—Quiero decir que yo no sé nada de hindúes ni de la India —explicó la señora.

—Sra. de Riquelme —Mr. Reid aclaró la garganta delicadamente— el señor Brahmaputra es de Quillota. Su padre era hindú... transeúnte, según tengo entendido. Claro está que es bien posible que Mr. Brahmaputra haya visitado la India cuando era "steward" de la "Cunard Line". —Mr. Reid pronunció las palabras inglesas con discreto deleite, y después de pensarlo un poco agregó:

—Claro está que bien puede considerarse hindú en un cincuenta por ciento. Yo, por ejemplo, nací aquí, pero soy inglés, como mis padres.

Cuando se puso de pie con chaqueta de tela rubia y peluda, Moira estuvo a punto de gritarle algo terrible, pero no dio con las palabras. La amabilidad de la madre y el hermano al despedirse le produjo una ligera sensación de náusea. Ayer no se les cocía el pan, hoy se sentían triunfantes. ¿Y si ella les hubiese mentido y en realidad le gustase Brahmaputra? Qué fácil era engañar.

—Muy simpático de Mr. Reid venir en seguida a explicar las cosas, —decía la madre a Mario.

—Sí, muy simpático —intervino Moira con sorna—. La próxima vez que venga le voy a dar con la puerta en las narices —agregó, y dando media vuelta se fue a su dormitorio porque no podía tolerarlos un instante más y porque temía llorar. "El buho de las peñas rojas" estaba tirado sobre la cama, tal como lo había dejado ella para ir a escuchar al tal Mr. Reid. Bueno, si iba a llorar lo mejor era hacerlo en el baño. Una vez allí sacó un cigarrillo del paquete que fumaba en secreto desde hacía más o menos una semana, y del seno sacó el papelito que le había entregado la víspera Brahmaputra. Miró su reloj: eran casi las seis. Ya habría dejado de esperar en la esquina el hombrecito del traje brillante. La asedió sin embargo un absurdo impulso de correr escalas abajo y dejar a medio mundo trastornado, especialmente a la señora Laura, pero la crisis se resolvió en una sonrisa sabia, propia de la nueva imagen descubierta anoche en el espejo. Dio una chupada larga al cigarrillo, arrugó el papel y juntos los dejó caer en la blanca taza. Contemplándose desde algún punto lejano del cuarto azul, empujó la barra de cromo del estaque. El agua se arremolinó colérica en torno al pucho y a la bola de papel antes de arrastrarlas a lo oscuro.